

John Connolly

ANTIGUA SANGRE

SERIE
DETECTIVE
CHARLIE
PARKER



En un solitario páramo situado en el noreste de Inglaterra, cerca de donde antiguamente se alzaba una iglesia, ha aparecido el cadáver de una joven. En el sur, una niña yace enterrada en un montículo sajón que data de la época medieval. En el sudeste, las ruinas de un priorato esconden una calavera humana. Cada una de estas muertes es un sacrificio, una invocación, pero se desconoce quién está detrás de estos crímenes. Y algo en la oscuridad ha oído esa invocación. Pero alguien más se acerca: Parker el cazador, el vengador. De los bosques de Maine a los desiertos de Arizona, de los canales de Ámsterdam a las calles de Londres, Parker (con Louis, Angel y el librero Johnstone) seguirá el rastro de aquellos que quieren arrojar el mundo a las tinieblas, en busca de un libro muy especial. Parker no teme el mal. El mal lo teme a él.

*Para Paul Johnston, por salir airoso de la
adversidad.*

Primera parte

Baja la guardia, pero el mundo
se mantiene.

ANÓNIMO, «The Seafarer»

1

Desierto, matorrales y una ciudad a la luz del sol: Phoenix, Arizona.

—¿Por negocios? —preguntó la mujer sentada al lado de Parker cuando el avión realizaba su aproximación al aeropuerto. No habían hablado desde que el vuelo despegó de Texas, pero Parker había notado su curiosidad. La había adelantado mientras lo acompañaban a la puerta de acceso, saltándose el control de seguridad, con un agente federal a cada lado, sin ocultar sus armas. Le sorprendió que hubiera tardado tanto en entablar conversación. La autodisciplina de la mujer era encomiable.

—¿Disculpe? —dijo él.

Calculó que rondaría los cuarenta y pocos y se había divorciado recientemente. El círculo claro alrededor de su anular era muy evidente sobre el tono de piel bronceada del sudoeste. Tenía el pelo moreno, y una mirada afable, aunque precavida. Probablemente la separación había sido dolorosa.

—Me preguntaba si viene por negocios.

—Sí.

Parker volvió la mirada hacia la ventanilla, pero ella insistió.

—Le molesta que le pregunte a qué se dedica.

La respuesta correcta habría sido «sí» por segunda vez, pero no quería parecer maleducado. Habría hecho que ella se sintiera mal, y él no se hubiera sentido mucho mejor.

—Cazo —contestó Parker. La palabra le sorprendió incluso a él, como si la hubiera pronunciado otro.

—Oh. —Estaba claro que no le había hecho gracia.

–Pero no animales –añadió, como si aquella voz ajena quisiera complicar más aún las cosas.

–Oh –repitió ella.

A Parker le pareció que oía chirriar sus engranajes mentales.

–Así que caza... ¿personas?

–A veces.

El tren de aterrizaje bajó y el avión tocó tierra con un salto que hizo que alguien en la parte de atrás soltara un gañido como un perro malherido.

–¿Como un cazador de recompensas? –preguntó la mujer.

–Como un cazador de recompensas.

–Entonces, ¿es eso a lo que se dedica?

–No.

–Oh –dijo ella por tercera vez–. Supongo que no debería haber preguntado, pero vi a los hombres que iban con usted en el aeropuerto y...

Fue bajando la voz hasta callar. Sostenía una revista en las manos, que abrió en ese momento y fingió leer mientras los acercaban a la terminal. Parker había dejado a un lado el libro que estaba leyendo, un ejemplar de los *Ensayos* de Montaigne que le había regalado Louis. Era la primera vez que Louis le ofrecía un libro. Recientemente se había convertido en todo un bibliófilo. Y él también, porque durante los últimos meses habían aprendido mucho sobre volúmenes antiguos.

Parker no tenía muy claro por qué los *Ensayos* habían atraído tanto a Louis, aunque debía admitir que Montaigne era capaz de opinar sobre cualquier tema, ya fuesen los pulgares o los caníbales. Al principio, Parker había seguido leyendo en deferencia a la persona que se lo había regalado, pero ahora Montaigne le había conquistado. Montaigne sabía mucho, pero sus ensayos no trataban tanto de exhibir sus muchos conocimientos como de empeñarse en alcanzar cierta comprensión de lo que no sa-

bía, y eso lo convertía en un individuo excepcional desde cualquier punto de vista. Dado que el vuelo había sufrido un retraso de casi una hora, había dispuesto de mucho tiempo para pasarlo en compañía de Montaigne.

El avión se detuvo, pero Parker no se apresuró a levantarse. Iba sentado en la segunda fila, viajaba solo con equipaje de cabina, y sabía que habría más agentes federales esperándole en la puerta. Estaría alejándose del aeropuerto en un coche antes de que la mayoría de sus compañeros de viaje hubieran recuperado sus equipajes.

La puerta se abrió y los primeros viajeros empezaron a desembarcar. La mujer que había estado sentada a su lado lidiaba ahora con una maleta demasiado llena que no conseguía sacar del compartimento para el equipaje. Parker la ayudó a liberarla y ella le dio las gracias.

–Lamento haber sido tan entrometida –dijo.

–No se preocupe.

Él la siguió para salir del avión. Ella se puso a su lado.

–Mire –dijo–, si va a pasar unos días en la ciudad, tal vez le apetezca que quedemos para tomar una copa. Yo invito, a modo de disculpa, y le prometo que no haré más preguntas sobre cómo se gana la vida. Al menos, lo intentaré.

–Es muy generoso por su parte –dijo Parker–, pero no me quedaré mucho tiempo.

Llegaron a la puerta. Como estaba previsto, dos agentes federales más merodeaban por el mostrador de información. Parker los vio reaccionar cuando lo reconocieron, y la mujer se dio cuenta.

–Supongo que no hace daño preguntar –dijo.

–No.

Le pasó su tarjeta de visita. Se llamaba Tonya Nichols, y era vicepresidenta de un banco en Tempe.

–Es por si hay algún cambio en su agenda –dijo–. Buena suerte con su caza.

Parker nunca se había sentido a gusto en Arizona. No tenía el gen del desierto, y Phoenix Sky Harbor era uno de los aeropuertos que más detestaba, incluso por sus ya de por sí bajos estándares de arquitectura brutalista. A finales de la década de 1990, el que era por entonces el alcalde de Phoenix, Skip Rimsza, había propuesto rebautizar el aeropuerto en honor de Barry Goldwater. La propuesta no contó con los suficientes apoyos para salir adelante, pero la Terminal 4, a la que había llegado Parker, seguía llevando el nombre del senador republicano pirado de los ovnis, al que había machacado Lyndon Johnson en las elecciones presidenciales de 1964. Pero el abuelo de Parker, un convencido demócrata del nordeste, siempre había sentido cierto afecto por Goldwater, sobre todo porque había aconsejado a todos los buenos cristianos que formaran una fila y le patearan el trasero al telepredicador evangelista Jerry Falwell.

Los dos agentes que flanqueaban a Parker no parecían lo bastante mayores para recordar el funeral de Goldwater, que se había celebrado en 1998, cuando ellos seguramente fichaban todavía en la cuna. Parker se preguntó si el FBI reclutaba ahora directamente en los institutos de secundaria. Los agentes, que se presentaron como Skal y Crist, eran muy educados y uno de ellos se empeñó en cargar con la maleta de Parker, permitiéndole llevar solo su bolsa de mano de cuero. Su amabilidad hizo que Parker se sintiera viejo, y su estatura le hacía parecer una mascota adoptada. Skal medía más de metro ochenta y tenía una complexión formada de bloques compactos. Y, en comparación, Crist le hacía parecer minúsculo.

—¿De dónde sale el nombre de Skal? —preguntó Parker.

—De Dinamarca, señor.

—¿No es una especie de brindis?

–Sí, señor. Creo que es un derivado de una taza o un cuenco.

Parker no estaba acostumbrado a que unos agentes federales se dirigiesen a él con tanta educación. Le ponía nervioso.

–¿Te importaría no llamarme «señor»?

Skal miró a Crist, que se encogió de hombros en un gesto de impotencia, como si sugiriera que las costumbres de los hombres eran un misterio para él, pero que respaldaría a su compañero a capa y espada si la decisión de no utilizar el «señor» se volvía contra él en algún momento.

–Lo intentaré –dijo Skal.

A esas alturas se encontraba en la puerta de la terminal. Un potente todoterreno Chevy Suburban estaba aparcado en el área reservada para el personal de las fuerzas de la ley, un coche patrulla del Departamento de Policía de Phoenix merodeaba cerca por si alguien se alarmaba.

–Supongo que Ross ya está aquí.

–El agente especial Ross está en la escena del crimen –le corrigió Crist. Su voz resonó tan grave que bien podría haber salido de las entrañas de la tierra.

–¿Dijo algo antes de que los enviara a recogerme?

Fue Skal el que respondió la pregunta:

–Señor –y la palabra contenía una silenciosa disculpa por haberse presentado de nuevo–, nos dijo que no le dejáramos matar a nadie.

–Fue muy claro al respecto –añadió Crist.

Ninguno de los dos agentes esbozó el atisbo de una sonrisa. Como mucho, desprendían el aire levemente irritable de dos estudiantes de sobresaliente que, sin saber cómo, se habían relacionado con un mal bicho y estaban seguros de que eso iba a repercutir en sus calificaciones al final del semestre.

–Bueno, no querría meteros en ningún lío –dijo Parker.

–Gracias –dijo Skal.

–Sí –añadió Crist–, muchas gracias. Nosotros tampoco quisiéramos que nos metiera en líos, señor.

Los tres hombres permanecieron un momento con una sensación incómoda junto al Suburban.

–Si estáis esperando que os dé un abrazo... –dijo Parker.

Skal se apresuró a abrir la puerta trasera del Suburban. Estaba claro que no era de los que abrazan.

2

Había recibido la llamada esa misma mañana, mientras se tomaba un respiro, cansado de escuchar la tentativa de un abogado de convencer a un juez federal en Houston, Texas, de la improcedencia de la declaración que estaba previsto que hiciera Parker. El caso en cuestión atañía a dos terapeutas acusados de agredir sexualmente a una serie de adolescentes vulnerables en al menos tres estados, a lo largo de un periodo de diez años, a veces tras inmovilizarlos con narcóticos, que habían consumido tanto voluntaria como involuntariamente. Los hombres, Bruer y Seben, se hacían pasar últimamente por «terapeutas de conversión» con licencia para ejercer en Maine, y sus clientes se los enviaban padres o tutores que consideraban la orientación sexual de los jóvenes como una perversión o una aberración, y querían que se les aplicara un tratamiento coercitivo. De hecho, la placa concedida por el estado les había permitido abusar de niños con el beneplácito de este, y ganarse un buen dinero de paso.

Pero una de las víctimas de Maine, una chica llamada Lacey Smith, de Old Orchard Beach, se había suicidado al día siguiente de su «tratamiento», y Moxie Castin, el abogado de Parker, y su ocasional patrón, había sido contratado por la familia de la chica con el fin de conseguir pruebas que pudieran utilizarse para obligar al estado a acusarles. Para entonces, los terapeutas ya se habían ido de Maine en busca de carne fresca en otros sitios, pero Parker les siguió el rastro hasta Texas, donde se pasó una semana vigilándolos con la ayuda de un par de investigadores privados locales. Finalmente, los terapeutas cometieron un error, que era la razón por la que Parker se sentaba en ese

momento en la sala de un juzgado de Texas, esperando añadir su testimonio al conjunto de pruebas que se acumulaban contra los violadores.

Los abogados de la defensa ya habían intentado sin éxito anular la declaración de Parker basándose en que sus clientes tenían unas expectativas razonables de privacidad cuando se les grabó en un bar de Baytown comparando notas sobre la violación oral de un chico de dieciséis años. Parker había utilizado un sensor vectorial acústico para escuchar, y grabar, la conversación, que luego solo requirió una mínima limpieza digital para que fuera completamente comprensible. El fiscal no se tomó mucho tiempo para señalar que los dos hombres no podían tener expectativas de privacidad en esas circunstancias, dado que la mesa no podía considerarse un espacio privado, y la prueba no se había conseguido infringiendo ninguna ley.

Ahora la defensa estaba cambiando su plan de ataque, para lo cual se centraba en la personalidad de Parker y ponía en cuestión su credibilidad aportando pruebas sobre un patrón de ilegalidad durante investigaciones anteriores, junto con lo que el abogado describió como «una inclinación a los actos de violencia que alcanza, e incluye, el homicidio». A Parker no le hizo mucha gracia que se le difamara ante el tribunal, pero no podía negar parte de lo que decían, y tampoco es que nadie le pidiera su propia opinión sobre sí mismo. El juez anunció una breve suspensión para reflexionar sobre las argumentaciones, y Parker salió a tomar un café y un poco de aire, que fue cuando sonó el móvil. Reconoció el número y esperó un momento antes de contestar. Por su amarga experiencia, sabía que nada bueno podía esperar de lo que vendría a continuación.

—Agente Ross —dijo Parker—, me alegro de oírte.

El agente especial Edgar Ross, del FBI, tenía su despacho en el Federal Plaza de Nueva York, y había coordinado

la investigación interna del FBI sobre la persecución de la agencia del Viajante, el asesino que había acabado con las vidas de la mujer y la hija de Parker. Desde entonces, los caminos de Parker y Ross se habían ido entrecruzando cada vez con más frecuencia. Como consecuencia, Parker se embolsaba cada mes un anticipo del FBI como asesor, y, en más de una ocasión, había sido de gran utilidad para Ross, aunque a veces basándose solo en pruebas más discutibles que plausibles. Por su parte, Ross le brindaba cierto grado de protección, además de mejorar considerablemente su situación financiera. Parker no se fiaba del todo de Ross, y Ross no se fiaba del todo de Parker, pero eran aliados, por decirlo de algún modo.

—¿Dónde estás? —preguntó Ross.

—En Houston. A la espera de que un juez federal decida si puede considerármeme fiable para prestar declaración contra un par de depredadores sexuales. Todo parece reducirse a una cuestión de mi personalidad.

—Eso es una desgracia para ti. Quizás deberías probar el soborno.

—¿No confirmaría eso la verdad de la alegación?

—Solo si se rechaza el soborno.

—Creo que dejaré que la justicia siga su curso. ¿Es esta una llamada de cortesía?

—Para algo así tendrás que esperar bastante. Tenemos un cadáver. Puede que sea el de Mors.

Un mes antes, una mujer que se hacía llamar Pallida Mors había dejado un reguero de sangre desde Indiana hasta Maine, asesinando a hombres, mujeres y un bebé nonato con el único propósito de conseguir las hojas de vitela más antiguas encuadernadas en una edición de *Los cuentos de hadas de los hermanos Grimm*, que databa de la primera parte del siglo anterior, ilustrado por Arthur Rackham. Mors trabajaba para un inglés llamado Quayle, quien podía ser, o no, abogado. Ambos habían escapado posteriormente de Maine con las hojas de vitela, aunque

antes se produjo un tiroteo en el que Louis hirió a Mors y, a su vez, resultó herido. Desde entonces no se había encontrado ningún rastro de Quayle y Mors, y no se tenía constancia de que hubieran abandonado el país.

—¿Dónde? —preguntó Parker.

—Cerca de Gila Bend, en Arizona. —Oyó que Ross hablaba con alguien más en el otro extremo de la línea—. Te hemos reservado un billete en un vuelo de American Airlines que sale a las dos cuarenta.

—En las películas mandáis aviones privados.

—Las películas suelen pasar por alto las partes aburridas sobre los presupuestos y la supervisión del Congreso.

—Ya es la una y media.

—Pues más vale que te des prisa.

—¿Y qué pasa con el juicio?

—De eso ya me encargo yo. Quién sabe, a lo mejor hasta soy capaz de dar una imagen de tu personalidad desde una perspectiva más presentable. Habrá unos agentes esperándote en el George Bush. Te recogerán en la puerta puntualmente. Espero una llamada de uno de ellos dentro de unos veinte minutos.

Ross colgó a la vez que una fiscal federal llamada Tracey Ermenthal salía de la sala del juzgado.

—¿Problemas? —preguntó ella.

—Tengo que ir a Arizona.

—Espere un momento, le necesitamos aquí. No le hemos traído en avión desde Maine para invitarle a cenar y a ver algún espectáculo.

Parker le contó su conversación con Ross, y le dio el primero de los números de móvil que tenía del agente. El segundo cambiaba con regularidad, y apenas se usaba. Era estrictamente para asuntos extraoficiales.

—Putos federales —dijo Ermenthal mientras marcaba el número.

—Espere un momento —dijo Parker—, ¿no irá a...?

–Ni se le ocurra acabar la pregunta –dijo Ermenthal, y entonces empezó a gritarle a Ross, y Parker pudo oír a Ross devolviéndole los gritos.

Los dejó a lo suyo y cogió un taxi al aeropuerto.